

tano. Mención particular merece en este sentido el titulado e igualmente inédito hasta ahora «A Meseta de Leão e Castela-a-Velha: uma região interior da Espanha vista por vários geógrafos». En 46 páginas contrapone en él las divisiones de la región realizadas por Terán en la *Geografía de España y Portugal*, de Montaner y Simón; Herman Lautensach en su *Die Iberische Halbinsel*; García Fernández en la *Geografía Regional de España*, de Ariel, y Carlos Carreras y Edmundo Gimeno, en la *Geografía de España* dirigida por Vilá Valentí. Para Ribeiro es muy sugestivo ver la manera con la que distintos geógrafos tratan esa gran unidad espacial, ya que «Do confronto dos vários pontos de vista surgem importantes conclusões de Geografia regional».

En algún pasaje de sus escritos asevera Orlando Ribeiro que sólo se puede explicar con corrección lo que correctamente se analizó e interpretó. Análisis, interpretación y exposición han ido en él hermanados. Así lo afirman los numerosos discípulos que ha tenido en su cátedra universitaria y en el Centro de Estudios Geográficos creado por él en Lisboa. Así lo comprobamos Antonio Campesino y el autor del presente comentario en el recorrido que realizó sólo para nosotros por el centro y sur de Portugal sin dejar él de explicar y sin cansarnos nosotros de escucharle. Y así lo revela este conjunto, propio de quien posee un saber enciclopédico y al que cabe aplicar lo que él mismo dice de la obra de otro colega: «source permanente de réflexions et de suggestions».— ÁNGEL CABO ALONSO

*Geografía y colonialismo en España**

Conviene primero sintetizar brevemente el contenido de la obra, aunque con observaciones personales sobre algunos capítulos, para valorarla y comentarla al final en su conjunto.

Oportuno y fundamental nos parece el capítulo I sobre «Las Sociedades Geográficas en el Mundo», porque, con solidez, hará posible después el estudio del contexto y causas de la Sociedad Geográfica de Madrid (S.G.M.). Comprende, en primer lugar, un ambicioso contenido (en texto y en un enjundioso apéndice I) sobre todas las Sociedades Geográficas del mundo; en segundo lugar, el

análisis de las Sociedades Iberoamericanas de Geografía con sus relevantes peculiaridades; terminando el capítulo con el estudio de las poco conocidas «corporaciones geográficas españolas de los siglos XVIII y XIX».

Pero esto último hay que completarlo con lo estudiado en el capítulo II: «Colonialismo y Geografía: las Asociaciones Geográficas españolas». Esclarecedora me parece aquí la introducción relativa a las causas del colonialismo decimonónico y su relación con la Geografía. Pero el epígrafe clave creo que es «La situación española y sus imbricaciones geográficas», donde, con claridad y datos en buena medida originales, se exponen las peculiaridades, tareas y aspiraciones de España respecto al movimiento colonial del siglo XIX. Más en concreto, pero con igual carácter, se estudian a continuación los proyectos y tareas colonizadoras de Manuel Iradier y La Exploradora, S.G.M. y colonialismo, viajes y viajeros a África, Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil de 1883, Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas y Sociedad Española de Geografía Comercial. Culminando el capítulo con un epígrafe, creo que atractivo y tratado con comprensión, sobre «los procesos y las ideas coloniales de los geógrafos españoles». La extensión y calidad de este capítulo justifica que parcialmente conforme el título de la obra, sobresaliendo más aún su valor porque éste era un tema casi inédito en la historia de la Geografía española y que implica una cierta reconciliación con la Geografía europea, donde tanta importancia tuvo el colonialismo.

Como puede inferirse de su título —«La S.G.M. 1876-1936»— el capítulo III constituye otra de las claves del libro de Rodríguez Esteban, estudiándose en él, y aportando un valiosísimo arsenal de datos, la fundación y organización de la S.G.M.; miembros; publicaciones y biblioteca; economía y actos públicos.

Una reflexión personal sobre los datos empíricos, cualitativos y cuantitativos, ofrecidos en esta parte me lleva a comprender que, en efecto, en este período la Geografía era considerada como «la más excelsa de las ciencias», pero me asalta también la duda de la temprana y endeble identidad de esta disciplina, en la que la más preclara sociedad fue gestada sobre todo por militares e ingenieros, y en la que los geógrafos eran minoría. Por ello se comprende también que, a medida que las disciplinas afines se vayan configurando como ciencias, la Geografía pase cada vez más a ser «ciencia residual».

Todo lo anterior hay que completarlo con el capítulo IV sobre «la labor cultural, política y científica de la S.G.M.». Tras un epígrafe referido a los postulados

* RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A.: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1996, 412 págs.

epistemológicos de la Geografía siguen otros dos, muy interesantes, sobre la meritoria labor de la S.G.M. relativa a la transcripción de nombres geográficos extranjeros y sobre la reforma de la nomenclatura geográfica española.

Y significativo también es el capítulo V sobre «Geografía Histórica e Historia de la Geografía» en el que ordenadamente se va estudiando la aportación de la Sociedad madrileña a la Geografía Antigua de España, Vías romanas, la España visigoda, la Península Ibérica en los geógrafos árabes, el Medioevo, los siglos XVI al XVIII, Historia de la Geografía española y en especial de la referida a las Indias españolas. En este contexto hay que destacar la precisión del análisis relativo a Vías romanas y geografía árabe de España, así como las auténticas biografías científicas de Saavedra, Coello, Blázquez y Fernández Guerra. En conjunto el capítulo constituye una valiente y certera reivindicación de la Geografía histórica española por ser tan geografía como cualquier otra, porque confirió la solidez de lo inmovible a muchos temas históricos, porque entonces iluminó con claridad la estrecha relación existente entre infraestructuras pretéritas y actuales, por ejemplo la del ferrocarril y carreteras en relación con las vías romanas.

Termina la obra con el capítulo VI «La Mirada hacia Iberoamérica», en el que es elogiada y explicable la exaltación de la época sobre este continente, pero en el que resulta chocante el tratamiento tan retórico que a veces se hace del tema así como las pugnas y reticencias manifiestas entre Portugal y España, el burdo determinismo por ejemplo de un Rodríguez Arroquia, el patriotismo militar preconizado por muchos y el triunfalismo a flor de piel de casi todos. Sin duda hay que marcar una cierta distancia respecto a estas no laudables actitudes.

El libro comentado constituye la tesis doctoral de Rodríguez Esteban, dirigida por Ortega Cantero, que lo prologa. Por lo tanto enlaza y colabora a enaltecer la línea de investigación sobre historia de la Geografía española que se viene desarrollando en la Universidad Autónoma de Madrid, entre otros por su ilustre prologuista. En conjunto me parece que es triple la aportación de esta obra para la historia de la Geografía española:

1º Al estudiar modélicamente la institución geográfica española más sólida del período 1876-1936, esclarece sobremanera nuestro pensamiento y acervo institucional geográficos. Y nadie ya, creo, podrá insistir en que no hay Geografía española con anterioridad a nuestra guerra civil.

2º Lo anterior se hace dando a conocer, e incluso privilegiando, los aspectos que ligan la Geografía española con la europea y mundial, muy especialmente, pero no sólo, en cuanto se refiere a Geografía y colonialismo, que era tema muy poco tratado hasta ahora.

3º El material de archivo, de hemerotecas y bibliotecas que se utiliza y que en parte se recoge en los ricos apéndices y bibliografía citada es también una aportación muy digna de destacarse. Sin duda investigadores posteriores valorarán y podrán utilizar tan rico material.

Excelente obra, pues, la de Rodríguez Esteban, imprescindible en lo sucesivo para nuestra reciente historia de la Geografía española.— ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS

*León y los ríos**

Es posible desarrollar toda una teoría de las relaciones entre la ciudad y el río. Con la excepción de algunas ciudades marítimas, y no sin matices, apenas se concibe una ciudad sin río, aunque no podamos obviar la mención de algunos casos excepcionales, como Oviedo que precisamente tenemos a la vista, si bien es cierto que las charcas, fuentes y manaderos existentes en su emplazamiento, con los arroyos que alimentaban, vinieron a desempeñar en la vida urbana una parte del papel que en otros lugares desempeñaban los ríos: aprovisionamiento de aguas, lavaderos, albañales...

En ocasiones los especialistas que se ocupan de la ciudad, demasiado absortos en las llamadas ciencias sociales, tienden a olvidar que, a pesar de su alto grado de artificialidad, las ciudades se asientan en un medio natural donde el relieve, la red fluvial y la distribución de la vegetación representan un marco con el que la ciudad establece un diálogo y del que hace interpretaciones que se expresan en la configuración del espacio urbano, en su morfología y en la distribución de los usos sociales o productivos del suelo. No son lecturas unívocas sino matizadas por multitud de circunstancias derivadas no solamente de la orientación, de la imagen que ofrecen o de las vistas que permiten, sino también de la percepción ciudadana y de las modas o tendencias en diferentes períodos, todo lo cual hace posible que un mismo elemento en condiciones similares pueda originar dife-

* TOMÉ FERNÁNDEZ, Sergio: *León, los ríos en el paisaje urbano*. Universidad de Oviedo. Departamento de Geografía. 1997. 190 páginas.